

## POSICIONES FILOSÓFICAS EN LA LITERATURA COLOMBIANA CONTEMPORÁNEA<sup>53</sup>

Ronald Bermudez

Universidad de La Salle  
asimalrashid@hotmail.com

### Resumen

En la valoración estética de toda manifestación artística, inclusive la literatura colombiana contemporánea, es necesario someter a discusión el concepto de Arte Literario subyacente a cada propuesta. Dicho enfoque permite ubicar las causas de la pérdida del carácter universal en su docilidad frente a disposiciones modernas que sugieren superficialidad en el tratamiento de temáticas. Así, a partir de la lectura de cuatro textos representativos de la narrativa actual (*Angosta, Delirio, Sin Tetas no Hay Paraíso, Melodrama*) se pretende definir el grado de universalidad que alcanza la Literatura Nacional.

### Abstract

When valuing any a esthetic manifestation of art, including contemporary Colombian Literature, it is necessary to discuss the concept of literary art which lays at the heart of any proposal. Such proposal allows us to find the causes of the loss of its universal character and its docility in relation to modern tendencies which suggest that there is a shallow treatment of related topics. Therefore, based on four authoritative texts I attempt to define degree of universality that national (colombian) literature has reached.

*No es cierto que Colombia sea tierra de poetas;  
mucho menos que todo lo que escriben es literatura.*

Reconocer propuestas estéticas trascendentes en el ámbito de la producción literaria nacional ha generado el oficio de **crítico minimalista**. La definición refiere no tanto un concepto como una actitud cuya actualización implica profundidad analítica en la práctica de un razonamiento desconfiado orientado a contra-argumentar las imprecisiones valorativas de pseudoexpertos irresponsables. Ya en su primera fase de aplicación metódica a la evaluación del objeto que le concierne no deja de resultar sarcástico que ilustre con rigor la magnitud extensa del problema, casi inabarcable, en la siguiente expresión apologética de la brevedad: *los volúmenes de nuestra auténtica literatura nacional pueden acomodarse holgadamente en una biblioteca frágil y estrecha*. Esto, más que sentencia fatalista es un hecho verificable, amén de la generosidad del subjetivismo ingenuo que apretuja en los mismos anaqueles títulos indignos. Quizá pueda reconocerse en el deseo de sobrevaloración de nuestras letras cierta motivación patriótica cuya única consecuencia manifiesta ha lastrado la crítica literaria con un ambigüismo incapaz de identificar textos con auténtico valor estético. La afirmación de esta vulgarización degenerativa puede muy bien ser consecuencia de la irrupción del nuevo siglo y la imposición de su lógica. Por esa razón deviene la modificación de conceptos que redujo la tarea de la crítica honesta a rescatar del cúmulo de “productos artísticos” la página significativa. Al buen lector, crítico devoto, que rehúsa banalizar su oficio le queda apenas separar de la hediondez de lo mediocre aquello ínfimo que resulta digno; es su deber distanciar de la oferta infinita de *artículos de mercadería* la materialización finita del arte, así mismo esquivar la actitud masificada de sacrificar la objetividad a favor de la legitimación de políticas totalitarias que hacen del arte y la literatura uno más de los productos de intercambio cosificados por el modelo capitalista.

---

<sup>53</sup> Fecha de recepción: Octubre 12, 2006 // Fecha de aprobación: Noviembre 2, 2006

No es objeto del presente texto demostrar o desmentir el carácter universal de la literatura colombiana, tampoco reconocer el mérito de su actividad creativa que pese a soportar participaciones infortunadas que le empobrecen ha logrado incorporarse de manera precaria pero representativa; es decir, no recurrente, ni mucho menos concurrida, al flujo de la literatura universal. Querer ampliar la muy breve lista de *autores* nacionales a fuerza de arbitrariedades y juicios carentes de argumentación es, según nuestro criterio, un sofisma insostenible. En su lugar debe prestarse atención a la idea que ubica en la crítica sería el primer estadio de depuración del arte literario. Para el *crítico minimalista* más sensato que perseguir lo impensable será repensar que los afanes modestos se concretan si corresponden a propósitos conscientes de sus probabilidades. Sin otras razones, el discurso aquí vertebrado argumenta los modelos de distanciamiento o aproximación propios de nuestra producción a la definición inadecuada del concepto de universalidad, redimensiona la equivalencia actual entre universalidad y legitimación masificada (muchas veces de propuestas narrativas intrascendentes orientadas a la instalación del espíritu competitivo y egocéntrico de la sociedad moderna), evalúa el carácter universal existente en la literatura artífice de la divulgación general de estereotipos definitorios de identidades culturales; con la esperanza idealizada de incentivar la necesaria reelaboración de núcleos genéticos inherentes a la producción literaria nacional.

En este punto conviene reconocer que las directrices de análisis convenidas obligan la adopción de perspectivas globales; que de hecho pueden juzgarse relativizadas considerado el número de obras escogidas. Como sea, la definición de un corpus de investigación reducido, por un lado, no es insuficiente, y del otro, no constituye un impedimento para identificar al interior del campo de producción artística nacional las tendencias predominantes que integran el conjunto. En la interpretación de los elementos puede reconocerse posturas poco éticas justificadas en la lógica comercial mercantilista, entre ellas iniciativas facilitadoras de su retranscripción a otros formatos -el cine y la televisión- que ilustran el surgimiento de cierto tipo de canon prosaico derivativo. De forma semejante es viable ubicar apuestas simbólicas reflexivas que redimen el propósito último de la literatura: más allá de recrear la realidad y difundir la imagen de su cultura, ella pretende el develamiento de estructuras conceptuales significativas en procesos epistemológicos de cualquier época y contexto. En Colombia, gran parte de la producción literaria contemporánea fija su apuesta estética en el cuestionamiento de disposiciones tipificadoras del pensamiento primitivo que hacen de la contemplación inofensiva, la aceptación resignada y acrítica de la realidad violenta, de un proyecto de nación fallido; los rasgos característicos de nuestra cultura; y a su vez, procura la anulación del perspectivismo localista que obstruye la inclusión de nuestro pensamiento en la dinámica de corrientes filosóficas universales. La pregunta que nos atrevemos a formular es: ¿alcanzan todos estos textos contestatarios afines carácter universal? Las obras *Angosta*, de Héctor Abad Faciolince; *Delirio*, de Laura Restrepo; *Sin tetas no hay paraíso*, de Gustavo Bolívar Moreno y *Melodrama*, de Jorge Franco, constituyen el objeto de estudio.

Si se pretende seguir un estricto orden cronológico corresponde hablar en primer término de *Angosta*. 2003, año de su publicación, no delimita el margen temporal que marca una ruptura en la tendencia general universalizada que asume el *realismo* como aspecto temático preponderante en la creación de universos narrativos. Si bien la obra señala la continuidad de dicha disposición, igualmente explicita una refutación estética parcial del hiperrealismo crítico que surge como respuesta al realismo mágico maravilloso. El campo en cuestión inscribe a través de la figura de Abad Faciolince un enfoque valorativo de la realidad, desmitificador del virtuosismo imaginativo –realismo mágico- como herramienta inmodificable en el proceso constructivo de la novela. En su obra este tipo de artificio resulta inadecuado debido a su interpretación inexacta. Ha de escribirse que para la mayoría el proyecto narrativo del nóbel no pasa de ser un acumulado de historias infinitamente entretenidas. Está claro que dicha forma de entendimiento aún no logra comprender que la encarnación en tipos y caracteres de ideas propias de un pensamiento primario, en lugar de describir pretende la generación de conciencia. Por otro lado, la misma apuesta reniega del espíritu ponzoñoso –Fernando Vallejo- albergado en ciertas literaturas que son apenas diatribas expositivas de estados de degradación ajenos a nadie. Ambas propuestas resultan inadecuadas a causa de un hiperbolismo exacerbado. Es decir, la noción de realidad se difumina entre el milagro y el insulto.

Al igual que las propuestas anteriormente descritas, Abad Faciolince reivindica en su apuesta una inclinación ideológica inconfundible, contestataria de procesos sociales, tan universales como nocivos, que operan en contravía de la participación igualitaria del pensamiento disidente en la estructuración de la sociedad y la definición de cultura. La perspectiva elaborada por el autor pretexto la

representación de la realidad usando como recurso la relación de hechos desnudos, mientras ilustra de modo paralelo cómo el proyecto de instauración de una protocultura desdibuja los perfiles de otra cultura, la nuestra, auténtica pese a su hibridación. La intencionalidad comunicativa inmanente a la obra señala un grado de conciencia diferente de la condición acrítica de sociedades adictas a los recursos expresivos usados por instancias gubernamentales desleales para la propalación de su discurso hegemónico. Nuestro caso es el caso inconfundible de una sociedad ignorante sin conciencia de la relación maniquea establecida. En esta obra, la crisis que tipifica la realidad actual no se atribuye simplemente a la yuxtaposición descortés del pensamiento moderno, aún incomprendido, sobre la base del pensamiento primitivo, o a la abulia existencialista que genera el estado pútrido de la sociedad. Como medio explicativo Abad Faciolince hace uso de la hiperbolización altruista: *Angosta*, un espacio de connotaciones dantescas, no es una ficción, es la metáfora que ilustra el estado último de toda sociedad víctima impasible de regímenes fascistas.

El entorno social resultante no provee las condiciones necesarias al desarrollo pleno de los sujetos. En el presente, bien sea real o ficcional, no existe ningún tipo de relación idílica probable: el preconizado *locus amoenus* es tan sólo una utopía de académicos románticos. Sin importar cuales sean sus inclinaciones, ideologías, posturas, la ética civil de la cual se considere militante, la actitud con que encara la realidad, esta no genera alternativas que faciliten la resolución del conflicto existencialista que crea en la interioridad del yo la sensación de ser un inadaptado social. En esta sociedad que se ufana de ser moderna y en donde paradójicamente no existe espacio para el ser pensante, el drama del *ser* y el *deber ser* sugieren en el binomio antitético de la negación reflexiva frente a la aceptación de imposiciones y su aceptación irracional, la posibilidad de un idéntico final: la anulación categórica de la existencialidad. El *dasein* o *ser-ahí* como realidad objetiva ineludible de todo individuo, desplegada en el contexto referido por la obra, no descubre la condición de ser para la muerte a través del ejercicio exegético de la angustia del *ser* frente a la *nada*, la *temporalidad*, o el existir como proyección y autoconstrucción del sí mismo, sino como imposición externa. En consecuencia *Angosta*, y el proyecto que integra, en su proceso de analiticidad de la existencia del sujeto halla una solución digna cuya interpretación trasciende los límites de lo denotativo. Si el texto es conciente de que la degradación es un concepto universal que ha permeado la totalidad de las esferas constitutivas de lo existente es lógico creer que *huir*, asumido como alternativa de solución, constituya un aspecto de orden simbólico que habla de las posibilidades de *ser* en un espacio ajeno a toda dimensión física.

Ilustremos un poco dicha dimensión para ver su incidencia en el plano argumental de la obra y de paso justificar el por qué su autor recusa el realismo socialista. La historia hasta hoy construida ofrece la imagen de un pueblo viejo y necio que repite sus tropiezos a fuerza de ignorancia, incapaz de comprender su pasado, recomponer su marcha en el presente y tanto menos de planear su futuro: artífice de su miseria, deudo de un espíritu beligerante por dignidad declarado extinto antes que corrupto. A la izquierda se ha impuesto el silencio para favorecer el dominio de administraciones ineptas con afanes de modernización traducidos en cemento, cosmopolitismo exhibido en frivolidades y modas indumentarias, globalización de sociedades que deben ponerse a tono con las exigencias propuestas por grandes monopolios, construcción de metrópolis alienantes del sujeto, supresoras de sus derechos fundamentales. El sujeto y su bienestar no hacen parte de los puntos a discutir en la agenda de gobierno. Por tales razones estos espacios magnificados promotores - en teoría- del desarrollo de la civilización generan en cambio indiferencia y resentimiento, causas y consecuencias, que desencadenan luchas atroces por igualdad y reconocimiento, por respeto a la diferencia, lucha que según la magnitud de sus manifestaciones puede llegar a considerarse terrorismo. La incompatibilidad entre sujeto-realidad-sociedad es una verdad tan universal como inmodificable, verdad que constituye un aspecto temático central en la narrativa del autor, la misma que ratifica el carácter insoluble de una crisis que se renueva sin objeciones.

Por su parte, *Delirio* (2004) de Laura Restrepo elabora, claro está desde otro enfoque, la misma crisis existencialista. Su discurso narrativo se incorpora a la tendencia unánime de asumir dicha problemática como característica cultural, interpretable si se entiende que toda subjetividad es refractaria de su determinado entorno social progenitor. La psique del sujeto moderno, encarnada en sus personajes, adolece un estado sostenido de perturbación que particulariza tanto la exteriorización de su conciencia problematizada como la realidad resultante. El mundo de la obra consolida un universo realista en donde todo sujeto habrá de subordinar sus opciones de acuerdo a imposiciones que reniegan de la existencia autónoma del sujeto. Aquí el panorama de soluciones incorporadas no corresponde a iniciativas aconsejadas por el autor; y si el texto alude al ensimismamiento adoptado

como alternativa de salida, elabora tal noción como antigua faceta comportamental instalada con anterioridad en el seno de sociedades consecuentemente individualistas. El hecho de recrear realidades simultáneas, incluso delirantes, que correspondan a disparates según la noción de lógica impuesta, convalida su legitimidad histórica dado que permite al individuo la soportabilidad de su existencia. Es así que el delirio más que patología de orden psicológico corresponde a una actitud reflexiva facilitadora de la asimilación de realidades deshumanizadas. Si la realidad se empecina en la negación del individuo su corolario será la negación de la realidad por parte del sujeto.

Parte de las condiciones que legitiman la articulación idéntica de factores compositivos de la sociedad descrita en el texto, pueden hallarse a través de revisiones objetivas de eventos históricos cuya impronta permanece aún vigente en la definición de conceptos y principios sobre los cuales se regla la construcción de la “unidad social”. La historia es el dato que permite articular discursos explicativos de la actitud ética asumida por los agentes culturales de un estado social delimitado según influjos heterónomos definidos en la obra: el narcotráfico entronizado en el poder. Esta misma historia y su inmodificabilidad constatada es la que genera en el sujeto el escepticismo e indiferencia que en nuestra sociedad ya han hecho carrera como tendencias ideológicas pertinentes al desbarajuste nacional, y a su vez dan testimonio de la implicación del *instinto* de supervivencia como parte de la razón. Delirar, según lo expuesto en la novela, puede ser un ejercicio nocivo que trunque el desarrollo cabal de las relaciones sociales pero es a su vez el recurso reflexivo que permite sobrevivir en la sociedad actual. Se instaura de este modo la locura como recurso de accesibilidad a la comprensión de toda sociedad incomprensible. Con todas sus justificaciones aquella no se *finge*; habrá de *merecerse*.

En la obra queda claro que la temática histórica, la conciencia del compromiso social que debe adquirir el texto, la articulación de la literatura con aspectos sociales, la inclusión de ideologías políticas bien definidas participes en el discurso literario creado, el tono de denuncia social, la inexistencia de redes entre los personajes incapaces de crear un sistema en tanto sujetos monádicos, son aspectos que representan en el proceso creativo la conjunción de las múltiples variables que señalan el por qué de la inadecuación del *hombre* al *mundo*. Si bien desde una perspectiva idealizada se habla de conceptos complementarios que cooperan en el perfeccionamiento de sus individualidades, en el plano de lo pragmático todas las evidencias apuntan a relaciones desfavorables que ocasionan la destrucción de los universos representados. Al parecer el proyecto moderno que aspiraba a la institucionalización de doctrinas generadoras del equilibrio universal no contó que con la aparición del modelo capitalista sustentado en el acaparamiento del poder y la manipulación o control de cada una de las instancias de lo social, se preconizaría el desarrollo paralelo de la lógica individualizadora que haría de la razón un concepto confuso e infinitamente relativo.

No cabe duda que la introspección adelantada, o proceso de autorreconocimiento de sí mismo en *Delirio* no es la práctica orientada a la superación de estados últimos de conocimiento o de búsqueda del perfeccionamiento espiritual. Así, la finalidad del repliegue hacia la interioridad permite no tanto un análisis como la identificación de la dimensión negativa inherente a la condición humana externamente perceptible, y esto no solo en una individualidad sino en la totalidad del conjunto de individualidades valoradas desde la subjetividad de un yo inmiscuido en un universo experiencial no necesariamente idéntico. Es conclusivo que las manifestaciones externas de su negatividad se materializan alrededor del carácter mundano de sus aspiraciones. Esta reacción valorativa de mi presencia en la exterioridad es el resultado lógico de mi vivencia en un universo externo cuya orientación cognoscitiva ha suscitado la exacerbación del nihilismo; el individuo ha perdido su fe, las categorías del mundo externo y sus propios límites no dan cabida a la aceptación del discurso de la esperanza, por el contrario la desesperanza es la nueva conclusión, síntesis y límite estético.

En *Sin tetas no hay paraíso* (2005) de Gustavo Bolívar Moreno es cuestionable el concepto de propuesta literaria. No todo texto narrativo publicado que se autodenomine novela deberá incorporarse de modo arbitrario al acervo literario nacional. Puede el texto en cuestión incluso asumirse como novela histórica en tanto ubica en el pasado hechos explicativos de acontecimientos actuales; o encajar en la definición lukacsiana de novela puesto que concreta un personaje degradado que adelanta una búsqueda degradada en un mundo degradado; pero, mas allá de la articulación elemental de los hechos que componen una trama realista y lineal, la obra no alcanza la consolidación de un universo simbólico capaz de trascender la interpretación unidireccional de la realidad, no propone enfoques alternativos, y lo comunicado no transgrede lo denotativo. En su evaluación objetiva puede concederse pertinencia en la configuración de recursos precisos a la creación del contexto que delimita los valores éticos y morales propios del universo creado; la materia lingüística y la forma facilitan la explicitación

del contenido. No obstante, la obra no procura la orientación de una reflexión de tipo trascendente. Es más, si se pretende concretar en un término el propósito general de la idea de Bolívar Moreno, el *exemplum*, privativo de las literaturas clásicas, podría estar más acorde con su definición.

Parte de las causas degradantes de la estética literaria son ubicables en la actitud, ya generalizada, de autores que adhieren sus proyectos narrativos a la tendencia mercantilista que exige su fácil adaptación a formatos con mejores posibilidades de difusión en mercados globalizados. Para ilustrar el estado de degradación planteado intentemos cierto comparatismo elemental: si bien *Angosta* y *Delirio* abordan las mismas temáticas de violencia y narcotráfico, el nivel de elaboración alcanzado reduce su semejanza con el texto de Bolívar, a simple coincidencia nominal. Esta última, se presenta anquilosada en el tratamiento superficialista de una temática frívola cuyo desarrollo permite apenas la deducción de enseñanzas prácticas. De hecho, el tema de interés general tratado en la historia, la simplicidad en su construcción, lo elemental de sus conceptos resulta propio de la propuesta televisiva colombiana desinteresada por el carácter significativo de sus libretos. El escaso valor literario del texto, su prosaísmo funesto, termina de justificarse si se subraya que desde un primer momento de la historia se interactúa con personajes acabados que no muestran ningún tipo de evolución substantiva, que señalan a su vez un final predecible, que la historia y su estructura cerrada no admite ni mucho menos exigen la intromisión del lector en la construcción de su sentido. En efecto puede llegar a deducir, usted señor lector; o en su defecto espectador de la versión para televisión, que la masificación de propuestas no es garantía de su valor artístico estético.

De otra parte, si la novela procura ilustrar de manera determinante el modo en que (posterior a la institucionalización) conceptos como dinero, poder, belleza, constituyen factores esenciales en la modificación de conductas sociales; así mismo la novela define por antonomasia la vulgarización del quehacer literario. Materializa la corrosión de principios trascendentes sobre los cuales siempre habrá de erigirse la literatura, y al juzgar por lo expuesto su autor es tributario de concepciones equivocadas con respecto al arte. En cuanto al renombre que ha alcanzado su trabajo puede concluirse que su importancia se debe más a la estrategia de mercadeo ensamblada a su alrededor, y no a su virtuosismo artístico. Debe añadirse que dentro de lo literario imperecedero la obra no clasifica: esta no será nunca un clásico en tanto carece del sentido de autenticidad e innovación, y además posee relevancia efímera supeditada a tendencias de modas pasajeras. En todo caso, la lectura del texto no es pérdida total de tiempo. Al final el lector puede enterarse que la narrativa nacional no está exenta de la participación de aspirantes sin apuestas simbólicas trascendentes pero con afanes de reconocimiento. Puede incluso extraerse una máxima aplicable al competitivo campo de producción artística en donde todos pretenden hacerse a un nombre, incluso puede formularse en una sencilla modificación del título de la obra: sin importar qué se publique todo escritor debe conocer que sin publicaciones no hay reconocimiento y *sin reconocimiento no hay paraíso*.

*Melodrama* de Jorge Franco da continuidad a un proyecto narrativo realista que busca analizar en profundidad el grado de decadencia de la Medellín meca del narcotráfico y la violencia. Su propuesta indaga minuciosamente en la degradación de las relaciones personales, reconoce el surgimiento de nuevos personajes quienes obligados a asumir actitudes que les aseguren su subsistencia se constituyen a sí mismos en símbolos, en héroes o heroínas idealizados en el imaginario colectivo de una nación. Como consecuencia es inevitable el surgimiento de nuevos espacios (las comunas, el barrio, la ciudad, los centros de prostitución) que en la obra generalizan las constantes sociales de conservación que afectan al grueso de la población mundial. Su obra establece límites diferenciales entre estratos sociales cuya conjunción inevitable establece la disyuntiva de tomas de posición que corresponden a cada sujeto según su extracción social. El pícaro en su versión contemporánea es el producto de la desigualdad sostenida por las esferas de poder que obligan a los marginados, no resignados a aceptar la imposición de la miseria, la práctica de opciones antiéticas y amorales estigmatizadas por las élites de poder pues constituyen un tipo de arribismo amenazante de la conservación del estatus quo que les diferencia de la clase proletaria.

Este mismo arribismo mencionado corresponde al sustrato ideológico masificado que afecta categóricamente la faceta comportamental de los individuos. En el ejercicio práctico dicha actitud corresponde a la voluntad de cada uno de los sujetos por superar las condiciones socioculturales y epistémicas que constituyen su contexto primario u original. Tal es el aspecto sobresaliente tanto en nuestra sociedad como en el mundo recreado por Franco: en igualdad de condiciones se impone como imperativo categórico la superación de la condición de miseria. Somos partícipes de una sociedad cosificada y en el subsiguiente ejercicio de asimilación de sus reglas la necesidad de supervivencia

aconseja al sujeto procurarse símbolos que garanticen su ascenso en la escala de jerarquías sociales y en consecuencia el reconocimiento de su yo, de su participación igualitaria en la construcción de la sociedad. Fue la actitud asumida por Pablo Escobar, personaje mencionado directa o indirectamente en cada uno de los cuatro textos tratados, su control real del estado, su poder adquirido y legitimado a través de la barbarie y el terrorismo justifican de modo maquiavélico la avaricia desmedida en tanto hace de él el personaje mitificado (podría decirse beatificado) no por sus virtudes de titiritero sino por su estruendosa salida del anonimato.

Personajes como Rosario Tijeras (en su versión literaria) y Vidal encarnan el ideal masificado de la clase arribista. Y no por la necesidad de aceptar que para superar el obstáculo de la negación de su existencia se debe estar dispuesto al sacrificio. Lo que se valora de estos personajes no es su capacidad de soportar todo tipo de vejaciones, su disponibilidad inescrupulosa de renunciación a los preceptos de la ética mojigata generalizada; sino la materialización de su ideal, la concreción del sentido de ser. La obra redefine en ellos un tipo de posición trágica más acorde con la mentalidad imperante en los tiempos modernos en donde el sujeto no habrá de ser reconocido por su altruismo, o por su resignación abnegada, sino por actitudes mucho más pragmáticas. De tal manera su comportamiento señala una posición trágica a la inversa: el héroe o antihéroe en lugar de estar dispuesto a aceptar todo tipo de sacrificio en procura de obrar según sus principios trascendentes; está dispuesto a descender a lo mundano, hasta lo más bajo en procura de su ideal: poder.

Arriba se expone un sucinto comentario analítico sobre posturas valorativas explicitadas en los textos mencionados. Está claro no existe ninguna pretensión de análisis sociocrítico; sin embargo, la lectura de cuatro textos colombianos publicados en cuatro años diferentes nos permite elaborar una breve conclusión parcial sobre el estado del arte de la literatura nacional. Desde toda lectura efectuada puede verificarse que nuestra propuesta literaria aun se halla instalada en el desarrollo recurrente de idénticas temáticas que circulan alrededor del afán deshilachado explicativo de la condición violenta y desequilibrada del sujeto moderno. La iniciativa experimental evidentemente considera inevitable la inclusión de los mismos ejes de sentido en las propuestas de diversos autores. Si bien existe una relación ineludible entre la literatura y el contexto social en que se genera, un vínculo entre el autor y las variables socioculturales de las cuales es tributario y que influyen substancialmente su escritura, también es cierto que la literatura no agota sus posibilidades en la reconstrucción mimética de una realidad, o en la representación tajante de una identidad cultural. Más allá de estos procedimientos una literatura nacional debe su incorporación al flujo de la literatura universal a su variabilidad, a sus aportes a la cultura universal y no al ofrecimiento de un panorama exacto de la idiosincrasia de un pueblo.

Nuestra literatura hace tiempo ha renunciado a la exploración de nuevas temáticas, no propone tratamientos diversos en la composición formal del texto, asimismo no aporta un enfoque diferente en la interpretación de la realidad. Lo característico y representativo de nuestra literatura es que se ha quedado anclada en el ejercicio repetitivo *ad nauseam* de contenidos y formas trillados en exceso. Este texto más que un comentario crítico despreciativo de la labor de nuestros autores es un texto que no renuncia a su objetividad y a pesar de su tono predominante comporta una clara intención propositiva. Si los sujetos evolucionan y con ellos las sociedades y a la par sus modos de pensamiento es también comprensible que los sujetos, las sociedades que componen y las formas de pensamiento que generan con proyecciones futuristas, valoren su pasado pero que no hagan de él un lastre imprescindible. Al parecer a los novelistas colombianos ese mismo pasado les impuso el monotematismo.

La universalidad no es una cuestión momentánea, ni siquiera depende del reconocimiento otorgado a las novelas *Angosta*, *Delirio* y *Melodrama* por autores de talla universal como Vallejo, Saramago, y García Márquez respectivamente. No se desmiente su condición de novelas significativas merecedoras de los galardones obtenidos, pero también puede existir la probabilidad, y esto es solo una conjetura, de que aquellos autores de renombre ya envejecidos por el tiempo se sientan inclinados, en sus días de nostálgica remembranza del pasado, a premiar tentativas afines a sus intereses personales, tal vez por que les resulta gratificante ver en sus discípulos la posibilidad de perpetuación de su nombre. En definitiva si en la universalización de una apuesta literaria intervienen aspectos tan diversos como la disponibilidad del jurado, su estado anímico, el favor de la crítica, nuestra literatura nacional debe estar en condiciones, incluso en ausencia de los aspectos antes mencionados, de demostrar su auténtico valor estético, su carácter universal.